



(sometida a las tres unidades del teatro clásico) se desarrolla toda en él, durante una representación del Parsifal de Wagner en una velada de gran abono, en 1942: el punto cenital del desarrollo de esa oligarquía estanciera, snob, brillante, fatua y culturizada. Pero ese gran teatro alude también, connotativamente y en resonancia barroca, al teatro de la vida, al juego de máscaras, apariencias, íntimos dramatismos y falsedades, que Calderón bautizó en auto sacramental El gran teatro del mundo. Y es que todos los personajes y situaciones de la novela de Mújica Láinez se ven inmersos, con mayor o menor grado de consciencia, entre el clamor wagneriano, en su propio y muchas veces mezquino teatro particular. De donde surge aún el gran contraste (simbólico) de toda la obra, que concluye siendo una contraposición entre la grandeza y la sublimidad del gran arte —el Parsifal de Wagner aquí, y todos los mitos de Grial que le entornan— y la miseria, la nadería y la poquedad trivial y efímera que representan todo un coro de personajes de la high life bonaerense, rutilantes y absurdos como la viejísima Amelita Zúñiga de Castro, cuyo baile (por el que todos suspiran) termina siendo —barrocamente— su velatorio.

Es El gran teatro una novela construida con impecable rigor. Las ya aludidas unidades clásicas (tiempo y lugar, sobre todo) se mezclan a una afinada técnica contrapuntística, que hace de la novela la más conseguida —formalmente— entre las últimas del escritor argentino. Pero éste fácilmente constatable, rigor de procedimiento, en nada merma algo que en toda la narrativa de Mújica Láinez es siempre fundamental y logrado: el absoluto placer de la lectura. El deslizarse de las páginas del texto, entre palabras y laberintos verbales, como un esquiador gozosamente se desliza una mañana de vacaciones, montaña abajo...

De otro lado, El gran teatro vuelve a enseñarnos caras nue-

vas del universo íntimo del escritor. Ahora con una singular mezcla de ironía (un factor creciente a la obra de Mújica Láinez) y complicidad cariñosa en el juego. El autor se ríe y caricaturiza a sus personajes fatuos y triviales, pero se siente interiormente acorde con lo que sus vidas —a pesar de sí mismos— tienen de lujo, de brillo y de disidencia... Y si lo que se ensalza es la sublimidad y la salvación del arte —y consiguientemente de quienes van al Parsifal por su asunto mismo— no se desdeña, a otro nivel —aunque la burla exista—, el mundo caduco de las apariencias. El genuino dandismo (si fuese intencionado) de quienes gastan su vida como fiesta en los jardines de Versalles, toda en fuegos de arteificio...

A los personajes los conocemos ya: las grandes damas refinadas y altivas, los eternos trepadores, los fracasados más o menos sublimes, los muchachos fascinados por el arte y fascinantes; la que tiene todo lo que le da igual, o el que no tiene nada de lo que desea... Mújica vuelve a sus fantasmas, y éstos representan de nuevo (y muy bien) la comedia. Y además están los otros elementos que suelen componer la cosmovisión completa del escritor: la fantasía dada aquí en el entrevero del texto, y en la visión zoomorfa que los personajes tienen de sí mismos y el narrador de ellos (El sapo, La tortuga, Las garzas, Las aves del Paraíso), y la cultura como una realidad vital (si se quiere, la cultura como forma de vida) que hallamos en el relato de las escenas de Parsifal que los espectadores ven, y en los sueños y recuerdos de alguno de esos personajes que hablan de Wagner, del Perceval de Chétien de Troyes, de Luis de Baviera o de Verlaine, que hizo un soneto —muy mallarmeano— sobre Parsifal.

Dentro de la ya muy amplia obra narrativa de Manuel Mújica Láinez, El gran teatro conecta, en un mundo y época, con las espléndidas novelas de la saga de la aristocracia porteña (de Los

ídolos a Invitados en el Paraíso), y por el tono de la prosa, por la desenvoltura, el desenfadado y la ironía, con sus obras inmediatamente anteriores (Sergio y Los cisnes) que oscilaban entre el simbolismo y el divertimento. Con El gran teatro, Mújica Láinez (a sus sesenta y nueve años) vuelve a escribir una obra muy propia, muy suya y muy bien hecha... Y es bien consciente de su papel, de su juego dandy de brillos fatuos y conciencia trágica, pues para el que sabe ver —y no es tan difícil— las muecas de la verdad, los guiños de la autoironía asoman y se miran muchas veces... ■

LUIS ANTONIO DE VILLENA.

Ayerra, en el foso de los roedores

CON una tenacidad digna del mayor encomio, Ramón Ayerra prosigue incansablemente su andadura literaria desde que en 1977 publicara "La España Im-

Su última entrega, "Los ratones colorados" (Libros Hiperión), relata la historia de Capo y Trinidad, dos personajes cuyo único objetivo en esta vida es el apareamiento con cualquier mujer que la divina providencia les ponga al alcance de la mano. La acción transcurre en la isla de Gran Canaria, donde estos dos angelitos rijosos extienden su campo de operaciones en la búsqueda permanente del objeto de sus deseos. A través de largas conversaciones van conformando el corpus de una profunda y articulada teoría sobre cómo fornicar más y mejor, y esto origina la sucesión de una amplia gama de historietas por las que van desfilando los personajes más variopintos y las situaciones más estrambóticas.

Ayerra, como Valle-Inclán en su "Ruedo Ibérico", se mofa de todo y de todos. Es un meteoro burlón dispuesto a sofaldar la vida hasta las últimas consecuencias, hasta no dejar titere con cabeza en ese hormiguero humano,



Ramón Ayerra.

perial", libro a todas luces singular y que aportaba a la maltrecha república de las letras nacionales el aire renovador de una voz auténtica y original. En tan corto espacio de tiempo ha publicado tres libros, y si mis noticias son ciertas, tiene otros dos más pendientes de próxima aparición.

pintoresco y rico en siluetas y escorzos de figuras y realidades. Por las páginas de "Los ratones colorados" hacen el paseillo las rameras, los progres, los jerarcas del fenecido régimen, la clerga-



ADIOS A LAS LETRAS

¿Quién robará el "Guernica"?

DESPUES de asistir al debate sobre la novela *Operación Guernika*, escrita por Faustino González-Aller y editada por Argos Vergara en su serie de *Las cuatro estaciones*, a uno no le queda otro remedio que pensar que el único modo de recuperar el cuadro de Picasso y situarlo en un lugar sobre el que haya consenso es robándolo.

En su novela, que narra el robo del *Guernica* por parte de un comando de ETA bien ayudado, incluso, por la CIA norteamericana, Faustino González-Aller da la clave de una solución en la que pocos han pensado. Lo que se obtiene por medios normales siempre está sujeto a disputa. So-

lonés cuyo nombre parece identificarlo con una mansión menor del Presidente de los Estados Unidos. Francesc Vicens, el alto, aunque no estrado, presidente de la Fundación Miró, nadó entre detalles técnicos y se quedó con el *Guernica* para Barcelona, que es su tierra, mientras que Armero, más internacionalista, aunque supongo que nada proletario, lanzó una idea que él mismo calificó de peregrina: la obra podría quedarse en Nueva York, pero no para que Woody Allen la mirara, sino para presidir el Consejo de Seguridad. Armero se fue pronto, pero le irían zumbando los oídos en el avión porque luego su peregrina idea fue deno-



Presentación de la novela "Operación Guernika" en Barcelona. De izquierda a derecha, Manuel Leguineche; el autor, Faustino González-Aller; José Luis Balbín, Manuel Vázquez Montalbán y José Mario Armero.

bre el robo, sin embargo, hay una sensación de fatalidad y de resignación. Así que si algún día alguien roba el *Guernica* del Museo de Arte Moderno de Nueva York, se habrá zanjado para siempre esa agreste cuestión sobre quién ha de poseer tan disputado lienzo.

Porque el otro día, en Barcelona, la presentación de la obra de González-Aller, el periodista que mejor contó el apogeo de Nueva York, estuvo presidida por aquella cuestión, que es a veces amarga y que en ocasiones cobra ribetes humorísticos. Hicieron bien los organizadores del acto al darle a éste el formato de *La clave*, con José Luis Balbín y su estuche de pipas dando al ambiente un aire de pequeña pantalla que a veces propiciaba la aparición de los anuncios de Marlboro. Nunca surgió la publicidad, pero parecía estar dispuesta en la trastienda.

El elenco que se colocó alrededor de Balbín estuvo escogido con tino, pues había hasta un hijo de *Guernica*, Manu Leguineche, reclamando para su tierra la adjudicación del cuadro. Ese elenco pasaba por los parámetros más diversos de la vida nacional, porque había un pasota en materias del *Guernica*, Manuel Vázquez Montalbán, quien dijo algo que habrá agradado a Woody Allen, pero que a Leguineche no le hizo demasiada gracia. Dijo Vázquez Montalbán que el cuadro debía quedarse en Nueva York, para ser contemplado por Woody, que es el mejor espectador que podría tener la obra de Picasso. Juan Marsé rizó el rizo y lo reclamó para *La Casita Blanca*, un burdel barce-

tada con las más diversas fórmulas del calificativo patrio.

En medio de aquella diatriba sobre el disputado cuadro de Pablo Picasso había una sonora olvidada: la novela. Menos mal que Balbín adquirió un momento de lucidez televisiva y cambió el tercio. Vázquez Montalbán aprovechó la coyuntura para lanzarse al ruedo y ensayar la crítica literaria: *Operación Guernika* es una buena novela de aventuras a la que puede estorbar el trasfondo político. En cierto modo, Vázquez Montalbán lanzaba un capote a su propia novelística, que pretende la fascinación aventurera dejando a un lado su notoria aventura política. No lo tiene difícil, dijo al principio del acto, porque él no pide permiso para actuar en público ni para escribir sus obras. Balbín le había preguntado, como si estuviera en televisión: "¿Y cómo un militante tan significado del PSUC puede tener luego esa capacidad de ficción?". Vázquez Montalbán habla poco, pero cuando replica es preciso: "Es imposible militar en ningún partido político si no se tiene cierta capacidad de ficción". Balbín limpió la pipa y pasó a preguntarle a Leguineche sobre la guerra de Indochina. Vázquez Montalbán pensaba, entre tanto, cómo usar la técnica de González-Aller y la perspicacia de Carvalho, su personaje novelesco, para robar algún día el *Guernica* y colocarlo de amuleto imponente en su casa de La Molina, para mirarlo como lo contemplaría Woody Allen. Porque Woody Allen es precisamente él. ■ SILVRE CODAC .

lla, los morazos, las Venus nórdicas, los niños y los militares con y sin graduación, ofreciéndonos el diorama de la vida histórica y comunal.

Hay en este libro una salvaje extravagancia y unos delirantes deseos de existir. Está más allá del optimismo y del pesimismo. Las humillaciones y derrotas, expresadas con primitiva y sincera honestidad, no terminan en frustraciones, desesperación o futilidad, sino en un apetito desmedido, devorador, de vivir más intensamente. Y está presente en el libro, también, un poderoso hábito poético que envuelve y arroja las situaciones más procaces, el lenguaje más atrevido, y que confiere a esta obra una luminosidad peculiar. Una luz que en palabras del autor "era la descajada, la altanera irrupción de un ejército victorioso extendiéndose por un territorio cuyo pateo le había sido largamente vedado". ■ JAVIER ROCA.

TEATRO

"Macbeth"-Tábano

ESTRENO, al fin, del "Macbeth" de Tábano en Madrid, que el grupo titula, para evitar reclamaciones inoportunas, "Un tal Macbeth", y presenta como "una dramaturgia a partir de Shakespeare". De nuevo, pues, como en el sugestivo Cervantes de Nieva y en el poco favorecido Rojas de López Aranda, el tema de los clásicos y del modo de abordarlos. De nuevo, la cuestión del respeto y del modo de entenderlo. Problema que no tiene fórmula alguna que lo resuelva, porque el más riguroso respeto literario puede dar pie a la más flagrante traición teatral, y la modificación de un texto, dentro de un ajustado proceso de dramaturgia, puede ser el mejor modo de devolverle su frescura. Brecht habló de la necesidad de no confundir la pintura original con el polvo y las manchas generadas por el paso del tiempo. Y, en el teatro, muchas obras que conservan vivos su estructura, sus personajes y sus conflictos,

